

Comentarios

Intelectuales y política en América Latina

A inicios del siglo XXI es claro que, en América Latina —salvo notables elecciones—, los intelectuales renuncian cada vez más a criticar al poder y a asumir la responsabilidad política que caracterizó al oficio intelectual durante casi todo el siglo XX. Así, el intelectual político está cediendo su lugar al técnico y al burócrata. ¿Cuáles son las características del intelectual político latinoamericano, tal como este se perfila en el siglo XX? ¿Cuáles son las implicaciones políticas y culturales de la despolitización de los intelectuales? ¿Cómo se redefinen, en la actualidad, las relaciones de los intelectuales con el poder? Estas interrogantes guían las siguientes reflexiones.

El intelectual político latinoamericano —en la misma línea de los intelectuales políticos europeos, a la manera de Antonio Gramsci— se caracteriza por asumir la política como *su responsabilidad primordial*, a la cual debe subordinarse no solo su vocación intelectual, sino incluso su vida. No se trata solo de ser responsables políticamente —algo que la modernidad europea dejó establecido para sus intelectuales—, sino de vivir para la realización de un proyecto político, de identificarse con él, de ser protagonistas en su concreción. El intelectual político latinoamericano —a la manera de José Martí, José Ingenieros, Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Antonio Mella, José Carlos Mariátegui, Luis Emilio Recabarren o Ernesto “el Che” Guevara— quiso ser *protagonista* y no un acompañante o simpati-

zante de una causa política e ideológica determinada.

Europa tuvo intelectuales políticos de este tipo¹, pero —después de la segunda mitad del siglo XX— desaparecieron de forma gradual de la escena pública como figuras dominantes y fueron reemplazados, primero, por el intelectual *responsable políticamente* —pero no como protagonista central de la política—, al estilo de Bertrand Russell o Norberto Bobbio, y después, hacia los años noventa, por el intelectual tecnócrata —economista, politólogo o sociólogo—, asesor de organismos financieros internacionales, de la empresa privada o de gobiernos, sin compromiso político expreso y que, por lo tanto, suele optar por quien requiere sus servicios, siempre y cuando esos servicios sean bien retribuidos. No obstante, en Europa y Estados Unidos, el intelectual responsable políticamente, aunque no sea un intelectual de moda, sigue teniendo una presencia destacada en la actualidad —Jürgen Habermas y Karl Otto Apel (Alemania), Joaquín Estefanía, Eduardo Haro Tecglen y Fernando Savater (España), Giovanni Sartori (Italia), Noam Chomsky y James Petras (Estados Unidos) son buenos ejemplos de esta clase de intelectual². También es significativo el caso del francés Régis Debray quien, de un intelectual político —estuvo en Bolivia con el Che Guevara, en los años sesenta, fue capturado por los militares bolivianos y, luego, en la década de los años ochenta, formó parte del gobierno de

1. A la manera, por ejemplo, de Lenin y Trotski (Unión Soviética); Antonio Gramsci y Palmiro Togliati (Italia) o J. P. Sartre y Louis Althusser (Francia).
2. Sin duda, el pensador más representativo del intelectual políticamente responsable fue Norberto Bobbio, fallecido el 9 de enero de 2004.

Mitterrand— evolucionó para convertirse en intelectual responsable políticamente, en el mejor estilo del intelectual europeo³. Es curioso también el caso del británico Anthony Giddens quien, sin dejar de ser un eminente sociólogo —y a veces en contradicción con las exigencias más progresistas de su disciplina—, hace poco se vinculó con el gobierno de Tony Blair, cuya alianza con el gobierno de Bush ha sido nefasta para el derecho internacional.

En América Latina, el intelectual político —es decir, el intelectual protagonista de la política— ha tenido una presencia permanente a lo largo del siglo XX. Es hasta finales de los años ochenta y la década de los años noventa que comenzó a ser desplazado, no tanto por el intelectual políticamente responsable, sino por el intelectual burócrata, que hace alarde de su despolitización y que está dispuesto a servir a aquellos gobiernos e instituciones que paguen por sus servicios. No es que no haya habido y hayan intelectuales políticamente responsables —ahí estuvieron hasta hace poco José Medina Echavarría, Alfonso Reyes, Octavio Paz e Ignacio Ellacuría, y están Mario Vargas Llosa, Manuel Antonio Garretón, Adolfo Sánchez Vázquez y Enrique Florescano, solo para mencionar algunos de los más significativos—, pero no es ese el tipo de intelectual que, en la actualidad, se impone en la esfera pública, ni el que marca el camino a las futuras vocaciones intelectuales. El intelectual que se impone en la esfera pública —que sirve de modelo a las nuevas generaciones de intelectuales— es, precisamente, el intelectual despolitizado, el in-

telectual “técnico”, que se precia tanto de su capacidad para resolver problemas como de la “objetividad” y la “neutralidad” de su saber. Más adelante volveremos sobre esta discusión. De momento, lo que interesa es hacer un perfil del intelectual político latinoamericano. Y, para entender mejor cómo surgió este tipo de intelectual, hay que volver al rol de este, en el contexto de la crisis de los regímenes oligárquicos, para después elaborar unas reflexiones sobre su papel a lo largo del siglo XX.

Pues bien, es sabido que, en la denominada etapa oligárquica (aproximadamente de 1870 a 1930), surgió una élite intelectual que no aceptó el estilo de vida señorial y autoritario, emanado de la hacienda ni tampoco el estilo de vida oligárquico. En Europa, el poder de las oligarquías, que fundaban su poder en la tierra, fue erosionado por la burguesía, a lo largo del siglo XVIII, o incluso quizás desde antes. En América Latina, a inicios de 1900, no hay una burguesía que haga contrapeso a la oligarquía terrateniente. Son los intelectuales —de la incipiente y reducida clase media— quienes asumieron la crítica de las oligarquías, para lo cual abanderaron ideas liberales, anarquistas, socialistas y comunistas presentes en el ambiente cultural y social latinoamericano de la época.

El intelectual latinoamericano que se perfila desde esta época va a luchar por *ser reconocido socialmente*, en los círculos de poder político y económico, pero también va a denunciar ese poder y se va a oponer a él. El resentimiento contra los ricos y poderosos va ir acompañado de una autovaloración exacerbada y de un afán de protagonismo político, como

3. El tránsito no es solo del intelectual político al intelectual responsable políticamente —el caso de Debray—, sino que puede ir en la dirección opuesta: del intelectual responsable políticamente al intelectual político. Entre los intelectuales latinoamericanos, el caso más emblemático es el de Fernando Enrique Cardoso (ex presidente de Brasil), quien antes de dedicarse de lleno a la política, llevó una vida intelectual excepcionalmente fructífera —y con una responsabilidad política asumida con claridad— e hizo aportes significativos a la teoría de la dependencia. Tampoco se trata de pensar todas las trayectorias individuales de forma lineal, pues hay quienes han seguido trayectorias poco lineales. Mario Vargas Llosa es un buen ejemplo. Sus primeras inquietudes políticas lo vincularon de forma efímera con la izquierda; cuando maduró, adquirió un perfil de intelectual responsable políticamente; luego quiso ser protagonista político, en detrimento de su vida intelectual; y ahora ha vuelto de nuevo a asumir el papel de intelectual responsable en la política, más no un protagonista de primera línea. El caso de Sergio Ramírez, de Nicaragua, es semejante al de Vargas Llosa. Para completar el cuadro, hay quienes toda su vida se han mantenido como intelectuales políticos o bien como intelectuales responsables políticamente. Para hablar de lo conocido, un ejemplo relevante del primer tipo es Joaquín Balaguer (fallecido en 2002), quien en República Dominicana, ligó estrechamente su vida como caudillo político a su vida como escritor. Asimismo, por el lado de los intelectuales responsables políticamente, que se han mantenido firmes en su vocación, se puede mencionar a Aldo Ferrer, Octavio Ianni, Theotonio Dos Santos, Raúl Prebisch, Gino Germani, Guillermo O'Donnell y otros, cuya obra intelectual es meritoria.

si con este se quisieran compensar las limitaciones económicas y sociales. Porque la cantera de los intelectuales latinoamericanos va a ser la clase media, siempre limitada económicamente y desprezada por los oligarcas de la época (y también, aunque en menor medida, por los de ahora). Es claro que hay excepciones de intelectuales salidos de las filas oligárquicas, pero estos o van a ser fieles a sus orígenes familiares o van a entrar en conflicto con dichos orígenes; pero también con quienes tienen una procedencia social distinta, aunque lleguen a insertarse en un mismo proyecto político: a muchos intelectuales de clase media les va a ser difícil tolerar el estilo de vida aristócrata y clasista de los intelectuales, surgidos de los sectores oligárquicos. Para el caso, en los años de 1970 y 1980, la intelectualidad jesuita latinoamericana más progresista enfrentó múltiples críticas por su elitismo, desde los sectores intelectuales de izquierda, que vieron en el “refinamiento” jesuítico un resabio burgués y oligárquico, por más que los jesuitas enfrentaron —de la misma forma aguda que otros sectores de la oposición de izquierda— la persecución, el exilio y el asesinato político.

En palabras de Mario Vargas Llosa, en América Latina, “los intelectuales siempre han sentido una gran inseguridad sobre su rol social. No saben para qué sirven. Y quizás es por ello que tantos intelectuales se sienten atraídos por el poder. El poder da seguridad y hace sentir a los intelectuales que son hombres, cosa que, salvo casos excepcionales, los intelectuales nunca son. Eso puede explicar que muchos sean vulnerables a los halagos y las tentaciones de poder y estén dispuestos a echar por la borda toda dignidad”⁴.

Así, en la resistencia de los intelectuales latinoamericanos durante los regímenes oligárquicos, no solo se hizo presente la ideología, sino su misma situación vital⁵. *Los intelectuales se ven como unos marginados de la economía y la política, y*

por eso, intentan incidir, oponiéndose a los grupos de poder, en la economía y la política. Esto los lleva a criticar la ostentación y el despilfarro de los oligarcas, a quienes ven como parásitos (José Ingenieros). Posteriormente, esta crítica se extendió a los nuevos ricos —comerciantes, banqueros e industriales—, quienes fueron vistos por los intelectuales como los responsables del atraso de sus respectivos países. En el siglo XX, un caso singular, en lo que se refiere al papel de los intelectuales, es México, donde la integración de los intelectuales en el Estado⁶ fue posible a partir de un conjunto de cambios importantes, iniciados a partir de la revolución de 1910. Aunque esta afirmación es muy discutible, sus trazos fundamentales aún persisten, en el contexto de la neoliberalización de los intelectuales mexicanos, la cual se insinúa desde principios de la década de 1990⁷.

En Centroamérica, salvo quizás Costa Rica, ahora, los intelectuales no logran superar su resentimiento ni salir de la marginalidad, pese a que algunos se han integrado al ejercicio político, bien desde la derecha o bien desde la izquierda, o han sido asimilados al mundo empresarial, en especial en el ámbito de los medios de comunicación y las instituciones de investigación económica y política de la derecha. Son contados los intelectuales latinoamericanos que han obtenido éxito económico notable como investigadores, escritores o conferencistas. La mayoría —los que no se han ubicado en el mundo político o empresarial— se dedica a actividades no muy bien remuneradas —docencia, periodismo, empleados de organizaciones no gubernamentales— o sobreviven como pueden, dedicados a varias ocupaciones a la vez.

En América del Sur, los años de relativa gloria de los intelectuales más politizados fueron los de los regímenes populistas, porque su palabra fue escuchada y se abrieron espacios al debate intelectual, pero su subordinación social y política persiste.

4. S. Alameda, J. Pinilla Cisneros, J. Villanueva Chang, G. Faverón Patriau, “Literatura y política: dos visiones de mundo. Mario Vargas Llosa”. Fragmentos de diversas entrevistas a Mario Vargas Llosa aparecidas en *El País* (España) y *El Comercio* (Perú), 2000.
5. En intelectuales como Roque Dalton —poeta y militante de la izquierda salvadoreña de los años sesenta y setenta—, esta situación vital fue vivida de forma intensa. Su libro *Pobrecito poeta que era yo* es un retrato no solo del Dalton, hombre de clase media, intelectual y político, sino de otros muchos intelectuales latinoamericanos de su misma condición social y opción política.
6. Cfr., G. Zaid, *De los libros al poder*, México, 1987.
7. Para un examen de los dilemas, usos y costumbres de la intelectualidad mexicana, desde la década de 1980 a comienzos de la de 1990, cfr., R. Bartra, *Oficio mexicano*, México, 1993.

tió, sobre todo por sus vínculos con las formaciones políticas —frentes o partidos— de mayor influjo en la época. Con las dictaduras militares, los intelectuales críticos —es decir, los intelectuales que fueron cómplices activos o pasivos de los militares— volvieron a la marginalidad más brutal. Después de las dictaduras, siguieron siendo marginados, económicamente, por los banqueros, y políticamente, por los “técnicos”, es decir, por esos nuevos intelectuales, que se precian de no tener compromisos políticos y que creen que lo único que cuenta son sus conocimientos especializados, en economía, administración de empresas o finanzas.

Un asunto ineludible, cuando se habla de los intelectuales latinoamericanos, en el siglo XX, es su posición ante Estados Unidos. Desde principios del siglo XX —o incluso desde un poco antes, como José Martí—, los intelectuales latinoamericanos cultivaron un antinorteamericanismo, que se profundizó con la llegada de las dictaduras militares y el influjo de la revolución cubana. Por un lado, la política exterior de Estados Unidos alimentó ese sentimiento antinorteamericano; después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos hizo sentir su presencia política en la zona, muchas veces de forma agresiva o protegiendo a dictadores como Anastasio Somoza (Nicaragua) o Leónidas Trujillo (República Dominicana)⁸. Por otro lado, los referentes ideológicos de los intelectuales latinoamericanos del siglo XX —nacionalismo, antiimperialismo, socialismo y comunismo— hacen de Estados Unidos el principal obstáculo para el desarrollo latinoamericano.

Como resultado de este antinorteamericanismo —o antiyankismo—, los intelectuales latinoamericanos, en su gran mayoría y hasta los años de 1980, tuvieron dificultades para asimilar las tradiciones políticas de Estados Unidos —democracia, pluralismo, asociaciones intermedias y desarrollo de la sociedad civil—, y cuando lo hicieron, fue a regañadientes y sin ser plenamente conscientes de ello. Este fue el caso de muchos científicos sociales, que o bien fueron influidos por autores estadouni-

denses, en su propio país, o bien cursaron estudios superiores en Estados Unidos y asimilaron muchas de sus prácticas académicas —con las opciones teóricas asociadas a ellas⁹—.

Hasta los años ochenta del siglo XX, el intelectual latinoamericano, por lo general, intentó vincular saber y política, lo cual se tradujo, en incontables ocasiones, en actitudes “mesiánicas” —el intelectual redentor, que se siente responsable último de la felicidad de los pueblos— y las “martiriales” —el intelectual sacrificado, que renuncia a todo por un proyecto político—. Otra característica sobresaliente fue su compromiso —a veces hasta dar la vida— con determinados proyectos políticos. La renuncia de muchos intelectuales al compromiso político, que comenzó a cobrar fuerza en los años de 1990 (o incluso antes), está conduciendo al extremo opuesto, es decir, a su *despolitización* y a renunciar a la intervención política, expresa y concientemente asumida. Con ello, el ámbito de la política se está dejando en manos de los técnicos y los políticos de profesión, pero sin la participación de figuras intelectuales que den espesor y altura al debate político que, por lo demás, se decanta —con la ayuda de unos medios de comunicación cada vez más inclinados hacia el sensacionalismo y el amarillismo— hacia temas pueriles y superficiales —como los amoríos de empresarios, deportistas, artistas y políticos, sus gustos (o malos gustos) en el vestir, sus manías, virtudes y vicios personales¹⁰—.

En definitiva, el intelectual político latinoamericano, comparado con su homólogo europeo —que perdió protagonismo— en la escena pública —desde mediados del siglo XX—, prolongó más su presencia en ella, prácticamente hasta los años ochenta. No es descabellado afirmar que la trayectoria de este tipo de intelectual fue iniciada por José Martí, en quien se hicieron presentes muchos de los rasgos típicos de la personalidad, del compromiso político y de la situación vital que aparecieron en los intelectuales que lo siguieron. Las izquierdas latinoamericanas de los años sesenta, setenta y ochenta integraron a sus filas a figuras in-

8. Para el caso centroamericano, *cfr.*, W. LaFeber, *Revoluciones inevitables. La política de Estados Unidos en Centroamérica*, San Salvador, 1989.

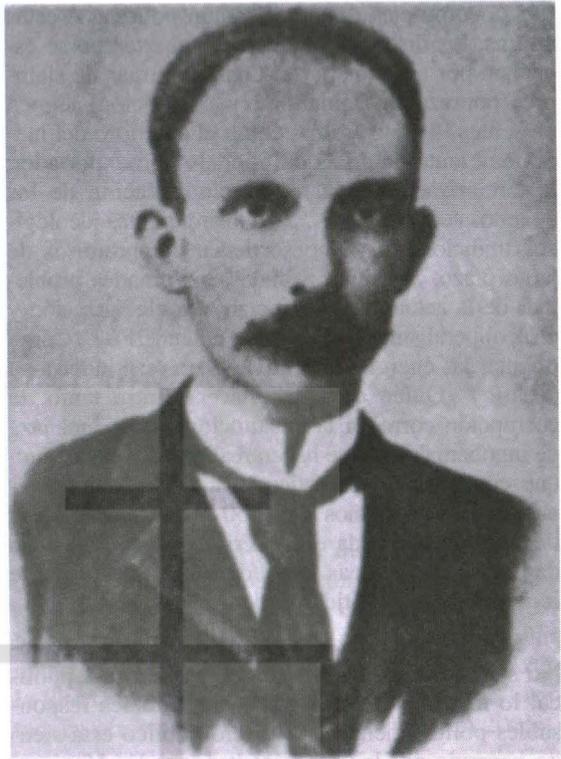
9. *Cfr.*, L. A. González, “Psicología de la liberación y ciencias sociales”, *ECA* 613-614, 1999, pp. 995-1008.

10. Una discusión sobre la “degradación” de la política por los medios, en D. Zolo, *Complejidad y democracia*. Buenos Aires, 1994, “El principado de la comunicación”; G. Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid, 1999.

telectuales (comprometidas políticamente), herederas de José Martí y de los marxistas de las primeras tres décadas del siglo XX —Mariátegui, Mella, Recabarren y otros—. Los usos y costumbres de este tipo de intelectual —ideas, frustraciones, sueños y esperanzas— fueron imbricados íntimamente con la política, a la cual entregaron lo mejor de sus energías morales e intelectuales.

La política marcó decisivamente la vida de los intelectuales que la asumieron como su mayor responsabilidad; pero también dieron a la política latinoamericana un carácter particular, al hacerla reflexiva y al dotarla de unos contenidos conceptuales específicos. Los más capaces de entre ellos elaboraron los ejes temáticos, en torno a los cuales giraron las ideologías políticas latinoamericanas, que orientaron y dieron sentido a la actividad política de amplios grupos sociales, en la mayor parte del siglo XX. Nacionalismo, antiimperialismo, nacionalismo revolucionario, socialismo-comunismo... no fueron solo asunto de intelectuales, sino de campesinos, obreros y estudiantes, indígenas, cholos, negros y mulatos, quienes asumieron estas ideas y sus contenidos básicos como parte de su marco de referencia vital, para lo cual fue crucial el papel de los intelectuales comprometidos políticamente, como organizadores, propagandistas y educadores populares. No cabe duda que, sin su aporte, la política latinoamericana del siglo XX —en sus momentos de gloria, pero también en sus momentos de decaimiento— hubiera tenido un carácter bien distinto al que tuvo.

A comienzos del siglo XXI, la relación de los intelectuales latinoamericanos con la política está decantándose en una dirección bien distinta a la que se fraguó durante la mayor parte del siglo XX. Los grandes proyectos ideológicos —nacionalismo, antiimperialismo, nacionalismo revolucionario, socialismo-comunismo— parecen haberse quebrado. Esos proyectos lograron reunir, cada uno a su modo, el conocimiento, la pasión y la disciplina. De allí su éxito para movilizar y su impacto en el debate intelectual. Indudablemente, la ideología socialista-comunista fue la que mejor se desempeñó. La pretensión científica de sus planteamientos teóricos fue avalada por la eficacia política de las ideas defendidas —la máxima prueba de ello fue la antigua Unión Soviética— y ambos aspectos —el conocimiento y la eficacia— fueron combinados por la pasión ilimitada de sus militantes, quienes siempre estuvieron seguros de la justicia de su causa,



de la legitimidad de los métodos aplicados para lograr sus objetivos y del triunfo definitivo.

Nacionalismo, antiimperialismo y nacionalismo revolucionario se fueron quebrando de forma paulatina. Por su parte, la revolución cubana afianzó las certezas del socialismo-comunismo latinoamericano. Nicaragua y El Salvador también. Pero esto hasta finales de los años de 1980. La quiebra del modelo soviético, en los primeros años de la década siguiente, no vino sola. Con ella vino la crítica a las inconsistencias teóricas de los diversos marxismos, sobre todo de ese esperpento llamado marxismo-leninismo. Emergió también una revalorización de los individuos, con sus sueños y esperanzas. Y por supuesto, vino la embestida neoliberal, como acompañante de la reestructuración del capitalismo mundial. En este escenario, la última de las grandes certezas ideológicas que quedaba en pie, terminó por revelar sus inconsistencias más profundas. Así comienza, en este contexto, una época de gran incertidumbre ideológica y política para los latinoamericanos.

A partir de los años de 1990, las grandes nociones ideológicas y políticas comenzaron a perder

fuerza como ejes de movilización política. A estas alturas, los discursos ideológicos fuertes no se escuchan por ninguna parte. Los problemas de siempre (pobreza, marginalidad y corrupción) siguen presentes —junto a otros como el deterioro del medio ambiente, la crisis del modelo agroexportador, la terciarización y la transnacionalización de los aparatos económicos—, pero los referentes ideológicos tradicionales ya no sostienen compromisos de largo plazo. Sin lugar a dudas, los grandes problemas de la actualidad se asocian a la globalización y el neoliberalismo, pero ¿cómo entenderlos? ¿Cómo orientar las energías colectivas para responder a su desafío? ¿Quién dice qué hacer? Entre tanto, la corrupción corroe a las instituciones y la amenaza de ingobernabilidad se hacen realidad cotidiana, aunque con unas características distintas a la ingobernabilidad de los años de 1950 y 1960. Estos son tiempos de búsqueda en América Latina. Búsqueda de proyectos, de ideas y de líderes. Es un tiempo de incertidumbres políticas e ideológicas.

Los intelectuales comprometidos con el cambio social están desapareciendo de la esfera pública; lo mismo sucede con los intelectuales responsables políticamente. El espacio público está siendo ocupado por los especialistas, por los técnicos, que reniegan de las ideologías y de los proyectos políticos de largo aliento. Una explicación plausible de su pérdida de protagonismo, desde los años de 1990 en adelante es que, a partir de entonces, unos entramados institucionales —entre ellos, los sistemas políticos democráticos— han comenzado a echar raíces, con lo cual han aparecido en escena mecanismos de intermediación más institucionales, así como actores específicamente dedicados a servir de mediadores, desde esas instituciones: los políticos profesionales y los burócratas.

Pero esa explicación es insuficiente. Tiene que ser complementada con otra que atiende a la crisis de los referentes ideológicos que movilizaron a los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX. Socavados los referentes ideológicos, que dieron sentido a su vida, muchos intelectuales, o bien viven en el desencanto existencial más radical o han asumido actitudes escépticas y cínicas acerca de los problemas hondos de América Latina y sus soluciones. El resultado de ello ha sido su retiro de la escena pública y su refugio en los recintos privados de

unas instituciones académicas —no necesariamente universidades—, cada vez más volcadas hacia a las exigencias del mercado y a las urgencias que plantea la globalización neoliberal. Así las cosas, en la mayoría de las sociedades latinoamericanas, la política y la economía se han convertido en algo ajeno a la sociedad. Política y economía se han convertido en un mundo aparte de la gente, donde se toman decisiones que la afectan de forma irremediable, sin que quepa la más mínima posibilidad de defensa ante las embestidas privatizadoras o de otro tipo. Por su parte, el saber y el poder se amalgaman cada vez más, y ello porque el saber crítico —el saber que busca distanciarse del poder— está siendo ahogado por un saber cómplice del poder. La renuncia de los intelectuales, no tanto al compromiso político, sino más bien a la responsabilidad política está contribuyendo, de forma decisiva, a que en las sociedades latinoamericanas se incuben tendencias como las descritas, con todo lo que ello supone de empobrecimiento del debate público y legitimación del poder por el saber.

De lo que se trata es de romper esa alianza del saber —un saber, ciertamente, desnaturalizado— con el poder. Esto solo puede lograrse si los intelectuales se asumen como críticos del poder, lo cual supone tanto la reivindicación del saber como el distanciamiento respecto del poder y los poderosos.

Gobernar —dice Octavio Paz— no es la misión específica del intelectual. El filósofo en el poder termina casi siempre en el patíbulo o como tirano coronado. Los que mueren antes, como Lenin, tampoco se escapan: los embalsaman y los transforman en fetiches. El intelectual, ante todo y sobre todo, debe cumplir con su tarea: escribir, investigar, pensar, pintar, construir, enseñar. Ahora bien, la crítica es inseparable del quehacer intelectual. En un momento o en otro, como don Quijote y Sancho con la Iglesia, el intelectual tropieza con el poder. Entonces, el intelectual descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder y de los poderosos¹¹.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ
Director del CIDAI y catedrático del
Departamento de Filosofía de la UCA
San Salvador, 23 de septiembre de 2005

11. O. Paz, "Suma y sigue (Conversación con Julio Scherer)", en *El peregrino en su patria. Historia y política de México. Obras completas VIII*. México, 1994, p. 368.